

*Castilla y España en la cultura portuguesa del Siglo XIX**

Sérgio Campos Matos

Universidad de Lisboa

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

Resumen: En la cultura histórica y política portuguesa, así como en las relaciones entre Portugal y España, no se definió una posición única. Castilla y España no representaron solo el papel de oponentes históricos, como frecuentemente ha sucedido en los discursos nacionalistas. Iberistas e hispanófilos, en general críticos de la alianza luso-británica, integraron tanto a portugueses como a castellanos en un *nosotros* hispánico peninsular. Con todo, en la memoria histórica dominante se dramatizó una representación negativa del peligro español en general y de la unión dinástica (1580-1640) en particular.

Palabras clave: Castilla, España, cultura histórica, Nación, nacionalismo.

Abstract: In the Portuguese historical and political culture, as well as in relations between Portugal and Spain, was never defined a unique position. Castile and Spain didn't represent only the role of historic opponents, as usually has occurred in nationalist speeches. Iberist and hispanophile speeches, critical with Portuguese-British alliance, integrated Portuguese and Castilian people in a peninsular Hispanic *us*. However, the dominant historical memory dramatized a negative portrayal of the Spanish danger, in general, and of the dynastic union (1580-1640), in particular.

Keywords: Castile, Spain, Historical Culture, Nation, Nationalism.

* Traducción de Beatriz Peralta.

La comprensión histórica de los nacionalismos y de los procesos de nacionalización abraza, entre otros aspectos, la relación entre naciones. Los nacionalismos encierran siempre procesos de inclusión y exclusión —nosotros y los otros—. Pero ¿quiénes son y cómo se distinguen los otros? ¿Qué lugar se les atribuye?

Por lo que respecta a la relación entre portugueses y castellanos, y después españoles, hay que empezar reconociendo la complejidad de los problemas. En primer lugar por el hecho de compartir un espacio geográfico fácilmente delimitable como un todo aunque de gran diversidad climática, de relieve, vegetación, ocupación humana y de relación con el exterior. Después, por el hecho de que ambos territorios, portugués y español, separados por una de las fronteras más extensas y más permanentes de la historia europea, hayan sido en gran medida ocupados por los mismos pueblos, anteriores y posteriores a la ocupación romana (visigodos, suevos, bereberes, árabes, judíos): afinidades étnicas, ciertamente. También afinidades históricas, religiosas, y de raíces culturales y lingüísticas. Los iberistas del siglo XIX acentuarían bien esta proximidad para justificar la necesidad de integración en un gran Estado —unitario o federal—. El catalán Sinibaldo de Mas, en una de las obras más controvertidas que resonó por todo el espacio peninsular —*La Iberia* (1852)— llegó a afirmar que los dos pueblos hablaban prácticamente la misma lengua. Pero siempre se afirmó una tendencia centrífuga, de distanciamiento de la periferia occidental en relación a Castilla y de refuerzo de las fronteras.

Entre la atracción y la repulsa

En sus memorias publicadas en 1982, evocando un periódico literario en el que había colaborado siendo joven, junto con autores españoles y portugueses, Luís Buñuel se refirió a Portugal como un «país más alejado de nosotros que la India»¹. No sabemos exactamente cuándo el cineasta escribió estas sugestivas palabras. Ciertamente es que cuando fueron publicadas los regímenes de Salazar y Franco ya habían caído hacía años y se preparaba entonces la adhesión de Portugal y España a la Comunidad Europea. Pero la distancia entre los dos países parecía todavía profunda. En el inicio del decenio anterior, el poeta Ruy Belo, que vivió siete años en Madrid, donde fue Lector de portugués, consideró esta capital «uma das cidades do mundo mais distantes de Lisboa»². Aunque los dos regímenes dictatoriales tuviesen afinidades entre sí, la verdad es que los nacionalismos exacerbados que los sostenían no dejaban de alimentar algún recelo del lado portugués y aislamiento del lado español. Los intercambios comerciales entre Portugal y España eran muy reducidos, sobre todo comparados con el incremento que tendrían a partir de

¹ BUÑUEL, Luis: *Mi último suspiro (Memorias)*, Barcelona, Plaza y Janés, 1982, p. 77.

² BELO, Ruy: Prefacio a «Aquele Grande Rio Eufrates», *Obra completa*, Lisboa, ed. Presença, 1980 (2ª ed.), vol. II, p. 18.

finales del siglo XX. ¿Pero sería esa distancia entre las dos naciones tan irremediable como parecen hacer suponer los testimonios que referimos más arriba? ¿O estaremos más bien ante formas de dramatización —es decir, de exageración— de esa distancia? Estas son las preguntas que inmediatamente se nos plantean.

Para responderlas tenemos que buscar necesariamente en la historia razones explicativas de esta relación singular. Pero nuestro objetivo no es ese. Cuando nos propusimos escribir sobre esta temática, la cuestión central que inmediatamente nos inspiró fue la de indagar si Castilla —el reino que tuvo una posición geográfica central y la tentación hegemónica de rehacer la unidad peninsular— puede considerarse el contrapunto, o contramodelo, de la conciencia nacional portuguesa. ¿O habrá sido sobre todo un opositor construido, forjado por los nacionalismos en Portugal, en busca de cohesión? Se dice con frecuencia que, al revés de otras naciones europeas, Portugal es una nación sin problemas de identidad, relativamente homogénea desde el punto de vista lingüístico y religioso, sin conflictos étnicos comparables a los que asolaron otras áreas del viejo continente como los Balcanes. Nación a la que corresponde un Estado unitario y un territorio delimitado por una larga frontera terrestre —por fortuna la más antigua de Europa—, «el rectángulo», como no raramente se dice. Subrayando esta marca unitaria, se olvida a veces la profunda diversidad regional existente entre el norte y el sur del territorio portugués, entre el litoral norte y el interior. Diversidad geográfica —de clima, relieve, vegetación y configuración hidrográfica—, pero también económica —extensión de la propiedad, formas de explotación de la tierra—, cultural, de comportamientos religiosos y políticos. Desde finales del siglo XIX, historiadores, etnólogos y después geógrafos vienen subrayando esa diversidad³. Pero las regiones naturales y culturales nunca entraron en oposición. La conciencia nacional, esa sí, hasta cierto punto, se habría construido en oposición, al sur contra los musulmanes, al este contra Castilla⁴.

Históricamente, en la península Ibérica se ha comprobado una dualidad y oposición entre el centro y las periferias marítimas. Portugal, señaló Vitorino Magalhães Godinho no hace muchos años, en su construcción como nación, cortó su homogeneidad con León y Castilla al este y con Galicia al norte, integrando su diversidad hacia el sur, convirtiéndose después en «um dos motores do complexo europeu-atlântico»⁵. Y, sin embargo, tal como en Portugal, también en Castilla hay una diferencia natural y cultural entre el norte y el sur⁶. Como también ha

³ Oliveira Martins, Basílio Teles, Leite de Vasconcelos y sobre todo la obra determinante del geógrafo RIBEIRO, Orlando: *Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico*, Lisboa, Letra Livre, 2011 [1945].

⁴ SARAIVA, António José: *A cultura em Portugal. Teoria e história*, Lisboa, Bertrand, 1982, p. 84.

⁵ GODINHO, Vitorino Magalhães: *Portugal, a emergência de uma nação (das raízes a 1480)*, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas/Ed. Colibri, 2004, pp. 5-12 y p. 53.

⁶ MATTOSO, José: *Identificação de um país. Ensaio sobre as origens de Portugal 1096-1325*, Lisboa, ed.

sido subrayado hace mucho, en oposición de la infundada teoría geográfica de la separación de Portugal (Elisée de Reclus, Silva Teles), regiones portuguesas como el Noroeste o el Alentejo prolongan regiones españolas: Galicia y Extremadura. Hace mucho que Orlando Ribeiro advirtió esto.

Portugal forma parte de Hispania, nombre romano del que deriva España — durante mucho tiempo el nombre de España designó toda la península—. Así lo encontramos en el poema épico de *Camões* (1572): «Eis aqui se descobre a nobre Espanha / Como cabeça ali da Europa toda» y en ella los portugueses como «gente fortísima de Espanha»⁷. Y como españoles se designaba también a los portugueses, igual que a otros pueblos.

La herencia de una conciencia hispánica se prolonga en el tiempo. La Guerra Antinapoléonica, en la que convergieron portugueses y españoles con el apoyo de los ingleses, habría constituido un momento privilegiado de afirmación de esa conciencia. Es conocida la influencia que la Constitución de Cádiz tuvo en el primer liberalismo portugués. Y ha sido destacado por los historiadores portugueses el estrecho paralelismo entre la experiencia de la implantación de los regímenes liberales en Portugal y España. No sorprende que el ideólogo liberal y poeta romántico Almeida Garrett afirmase, en 1825, en un célebre poema nacionalista, considerado por algunos como el punto de arranque del romanticismo en Portugal: «espanhóis somos, e de Espanhóis nos devemos prezar todos os que habitamos esta península»⁸. O que, en 1875, Oliveira Martins se refiriese a los «hispano-portugueses», al «génio peninsular»⁹ y a la civilización ibérica, aunque también intentase encontrar las diferencias entre el carácter portugués y el carácter castellano. Lo que resultó muy controvertido, en un tiempo en el que las polémicas sobre el iberismo todavía estaban vivas y en el que el anatema de «iberista» era invocado para obtener dividendos políticos y excluir a los adeptos de una integración de las diversas naciones peninsulares. Sintomático, en estos dos testimonios de Garrett y Oliveira Martins, distanciados en medio siglo —el primero data de los finales del Antiguo Régimen político, el segundo en pleno período de la *Regeneração* y del turnismo en Portugal— es que en ambos se asume una doble identidad de los portugueses: como hispánicos y como pueblo distinto de los castellanos. O sea, no se reduce España a Castilla —algo muy frecuente en la cultura histórica portuguesa—, como

Estampa, 1986, vol. II, p. 218.

⁷ CAMÕES, Luis de: *Os Lusíadas* (ed. de Emanuel P. Ramos), Porto, Porto Ed., canto III, 17 y canto I, 31, p. 133 y p. 78. Véase a este respecto, LOURENÇO, António Apolinário y DOTRAS BRAVO, Alexia: «Da Ibéria à Hispânia. Da Espanha à Ibéria», *Revista de História das Ideias*, 31 (2010), pp. 285-287.

⁸ GARRETT, Almeida: *Camões* (ed. de Teresa Sousa de Almeida), Lisboa, ed. Comunicação, 1986, p. 211.

⁹ MARTINS, J. P. Oliveira: «Os povos peninsulares e a civilização moderna», en *Política e história*, Lisboa, Guimarães, 1957 (1875), vol. I, pp. 217-219.

sucedió en otras periferias peninsulares y en parte de la historiografía liberal española¹⁰. Y, sin embargo, la identificación de España con Castilla era el modo más frecuente de subrayar la afirmación nacional portuguesa: como si en la península solo existiesen dos naciones. Sin embargo, entre los iberistas federalistas catalanes y portugueses de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se admitieron, en general, tres grandes naciones en la península: Castilla, Cataluña y Portugal¹¹.

Raíces de la hispanofobia

Diversos historiadores y ensayistas portugueses —caso de António José Saraiva, de Magalhães Godinho o de Martim de Albuquerque— han valorado la oposición a Castilla (a la par que la oposición a los moros) en la construcción de la conciencia nacional portuguesa. Esta oposición, ya evidente en los inicios de la nacionalidad portuguesa, se acentuó a finales del siglo XIV en una serie de conflictos militares que solo finalizarían con la paz de 1411. Poco después se inició la expansión ultramarina portuguesa con la conquista de Ceuta, 1415, alternativa a la unión con Castilla que, entre tanto, era ya una fuerza centrípeta tendente a la unificación peninsular. Es también el tiempo en el que surge en Portugal el mito providencialista del milagro de Ourique —Cristo se habría aparecido al primer monarca portugués, Afonso Henriques, anunciándole la victoria, en la víspera de la batalla de Ourique, contra los moros—.

Es, no obstante, bien sabido que en la Edad Media y en el arranque de la era moderna las elites portuguesas y castellanas vivían una relación de proximidad manifiesta en el bilingüismo de diversos autores portugueses y por los matrimonios de las casas reales de ambos reinos. Garcia de Resende, Gil Vicente y Camões —por invocar solo algunos ejemplos— escribieron en portugués y en castellano. La divergencia histórica que se afirma en las guerras de finales del siglo XIV y que llevan a Portugal a optar claramente por un rumbo atlántico y ultramarino de expansión no impidió, con todo, que prosiguiese esa relación de proximidad. Proximidad y distancia de la que da cuenta Garcia de Resende:

Vimos Portugal e Castela / Quatro vezes ajuntados / Por casamentos ligados /
Príncipe natural dele / Que herdara todos reinados; Todos vimos falecer /
En breve tempo morrer, / E nenhum durou três anos, / Portugueses, Castelhanos,
/ Não os quer Deus juntos ver¹².

¹⁰ MORALES MOYA, ANTONIO y ESTEBAN DE VEGA, Mariano (eds.): *Alma de España. Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 16.

¹¹ Sobre el iberismo catalán véase MARTÍNEZ-GIL, Víctor: *El naixement de l'iberisme catalanista*, Barcelona, Curial, 1997; y UCCELAY DA CAL, Enrique: *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003.

¹² RESENDE, Garcia de: *Miscelânea e variedade de histórias, costumes, casos, e cousas que em seu tempo aconteceram* (prefacio y notas de Mendes do Remédios), Coimbra, França Amado, 1917 [1554], p. 16.

La unión de las dos monarquías hispánicas bajo el cetro de Felipe II fue apoyada por grupos privilegiados (y no solo) en Portugal. Pero también suscitó una reacción a favor de la independencia por parte de los partidarios de D. António, prior de Crato (nieta de D. Manuel), que se prolongó durante varios años tras la institución de la unión dinástica de 1580. Esta reacción patriótica se manifestó en expresiones de mesianismo sebastianista —la creencia de que el malogrado Rey D. Sebastião, desaparecido en Alcacer-Quivir, en Marruecos, permanecía vivo y volvería—: la emergencia de falsos D. Sebastião. Sátiras anti-castellanas se publicaron en Portugal desde 1580, enraizadas en una tradición que se remonta a la Edad Media¹³. Las políticas de los validos Lerma y Olivares después cuestionaron los privilegios que garantizaban la autonomía de Portugal como nación y habían sido aprobados en las cortes de Tomar. Lo que, como se sabe, contribuyó al descontento de diversas capas sociales en Portugal. No sorprende, pues, que la corriente favorable a la restauración de la independencia política se acentuase. Se manifestó después en toda una literatura autonomista que, tras la conjuración de 1640, se expresó en diversos periódicos que entonces se comenzaron a publicar. En uno de ellos, *O Mercúrio Português. Com as novas da Guerra de Portugal e Castela*, en 1665, António de Sousa Macedo revelaba una mirada parcial sobre la situación de los dos reinos todavía en Guerra: Portugal estaría «opulento no comércio» mientras Castilla «arruinada e confusa no trato»¹⁴.

La extensa difusión de la teoría neotomista, según la cual el poder tiene origen en el pueblo, contribuiría a legitimar la autonomía nacional en momentos críticos de su historia (1385; 1640) y la vocación de independencia respecto de Castilla. Tras la conjuración de 1640 que, mediante un golpe de Estado palaciano, llevó al poder a D. João IV, inaugurando así una nueva dinastía, la de los Bragança, los términos más usados en los abundantes sermones entonces proferidos para designar los sesenta años de unión ibérica son *tiranía*, *cautiverio* y *usurpación*¹⁵. Lo que, evidentemente, no es extraño en el contexto en el que entonces se vivía de reacción patriótica contra la unión dinástica entre Portugal y España. Como veremos, en el siglo XIX —y hasta el final del Estado Novo— esta memoria negativa de la unión ibérica se mantendrá bien viva.

¹³ BOUZA ÁLVAREZ, Fernando: *Portugal no tempo dos Filipes. Política, cultura, representações (1580-1668)*, Lisboa, Ed. Cosmos, 2000, pp. 32-38.

¹⁴ Cit. por TENGARRINHA, José: *Imprensa e opinião pública em Portugal*, Coimbra, Minerva, 2007, p. 32.

¹⁵ MARQUES, João Francisco: *A Parenética Portuguesa e a Restauração 1640-1668*, Porto, INIC, 1989, vol. II, pp. 491-492. Aunque el sustantivo *independência* y el adjetivo *independiente* fuesen, en el siglo XVII, usados muy raramente.

España y Castilla

Según António José Saraiva, Castilla habría constituido una barrera que aisló a Portugal en relación a Europa. Saraiva llega a escribir: «Castela tem funcionado como um deserto isolador, mais do que como um espaço de ressonância e comunicação»¹⁶. De ahí la tan glosada metáfora de Portugal como oasis o isla. La larga Guerra defensiva de cerca de 28 años que siguió a la Restauración de 1640 —que coincidió con el intento de rebelión de Cataluña—, a la par que la recuperación de Brasil frente a la ocupación holandesa, revela una cierta «obstinação en relação ao terrunho»¹⁷ y una afirmación del sentimiento nacional. ¿Hasta qué punto puede hablarse de un corte en la tradición hispánica? La cuestión permanece abierta. Creo, sin embargo, que hay que matizar la idea según la cual portugueses y españoles vivieron de espaldas desde la Guerra de la Restauración. Es cierto que las comunicaciones terrestres entre Portugal y Castilla no eran fáciles —solo en 1866 Lisboa quedaría unida a Madrid por ferrocarril y los primeros puentes modernos datan de esa segunda mitad del Ochocientos: el de Caia de 1856 y el de Valença-Tui, de 1886—. Y a finales del siglo XVII tendieron a afirmarse influencias artísticas francesas e italianas. A partir de la Restauración de 1640 el término España había comenzado a usarse con el sentido actual, no incluyendo ya a Portugal. Y la diplomacia portuguesa tuvo que desarrollar contactos extra-peninsulares para resistir la amenaza castellana. Lo que se traduciría, por ejemplo, en matrimonios de príncipes y princesas portuguesas con miembros de otras casas reales de más allá de los Pirineos. En el siglo XVIII los contactos culturales entre las elites peninsulares no dejaron de desarrollarse: la separación política no se habría traducido en una ruptura de relaciones culturales, como ha admitido Marie-Hélène Piwnic¹⁸. Ejemplo de eso son los ecos de la polémica acerca del *Verdadeiro método de estudar*, del ilustrado portugués Luís António Verney.

El antiguo sentido del término Iberia resurgiría en el tiempo de la ocupación francesa y de la resistencia anti-napoleónica (1807-1811). Un periódico como la *Gazeta de Lisboa* daba a conocer con detalle los acontecimientos que estaban sucediendo en España. En este periódico se empleaban los términos *España* y *Gran Península* para designar a Portugal y a España¹⁹. En el combate contra el invasor francés se reforzaba lo que había de común entre los pueblos peninsulares. Y pocos años después, ya durante la primera experiencia política liberal en Portugal y España —que, como se sabe, ocurre en el contexto de una Europa tradicionalista

¹⁶ SARAIVA, António José: *A cultura em...*, op. cit., p. 86.

¹⁷ *Ibidem*, p. 108.

¹⁸ PIWNIC, Marie-Hélène: *Echanges érudits dans la Péninsule Ibérique, 1750-1767*, Paris, Fondation Calouste-Gulbenkian, 1987.

¹⁹ *Gazeta de Lisboa*, 50 (16-XII-1808), p. 1.

y conservadora que deriva del Congreso de Viena— encontramos en la prensa radical frecuentes referencias a la unión de las dos naciones como medio para conseguir mayor consideración por parte de otros países²⁰. Política peninsular, aproximación entre las dos naciones y hasta expresiones de un vago iberismo son evidentes en un tiempo en el que, tras el vacío dejado por las independencias de las ex colonias americanas —y cuando Brasil daba pasos decididos en ese sentido—, la pérdida de protagonismo de los Estados ibéricos en el plano internacional afectaba a la conciencia nacional de la respectivas elites. No sorprende tampoco que se use a veces el término Españas, plural que, claro está, incluye Portugal. Algunos años después, ya en otra coyuntura, más inesperado es que se llegase a considerar que no había límites naturales ni diferencias de carácter, de religión y costumbres entre Portugal y España. Ni tampoco antipatía. Se reconocía, sin embargo, que esta última, la antipatía, «já existi[ra] nascida da falta geral de civilização fortificada de prejuizos tradicionais»²¹. Pero la conclusión de este argumentario iberista no es la que se podría esperar: Portugal solo podría mantenerse independiente levantando una «barrera moral» entre los dos reinos.

Varios historiadores han destacado los paralelismos y diferencias entre la historia de las dos naciones peninsulares en los siglos XIX y XX, tanto desde el punto de vista de la evolución política en la instauración de los regímenes liberales —y más tarde de las dictaduras—, como de las transformaciones económicas y sociales —muy diversas, sin embargo, según las regiones—. En el plano de las realidades nacionales y de los nacionalismos Hipólito de la Torre ha llamado la atención hacia tres nexos entre Portugal y España: la subordinación a un orden internacional euroatlántico dominado por Inglaterra y Francia, la dialéctica regeneración/decadencia y el prolongado debate sobre el iberismo²².

A la controvertida intervención de un ejército español en Oporto, durante la Guerra Civil de la Patuleia, 1847, cuyo impacto no está suficientemente explorado, siguió, pocos años después, el inicio de esa prolongada «cuestión ibérica» que planteaba, en realidad, la cuestión de la viabilidad de Portugal en una Europa que parecía tender hacia la constitución de grandes Estados. Más que cualquier otros, a mediados del siglo XIX, dos autores, ambos iberistas pero de diferentes tendencias, contribuyeron a lanzar este debate político²³: del lado español, el catalán Sinibaldo

²⁰ «Política peninsular entre Portugal e Espanha», *O Patriota*, 15 (13-X-1820), p. 2; *O Independente*, suplemento al n.º 18 (14-XII-1821), pp. 3-4.

²¹ «Observações», *O Patriota*, 44 (17-XI-1820), pp. 3-4 (artículo reproducido de *Génio Constitucional*, periódico publicado en Oporto).

²² DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, «Introducción. Unidad y dualismo peninsular: el papel del factor externo», *Portugal y España contemporáneos. Ayer*, 37 (2000), pp. 11-35.

²³ Sobre el iberismo y los debates que suscitó véase CATROGA, Fernando: «Nacionalismo e ecumenismo. A questão ibérica na segunda metade do século XIX», en *Cultura, História e Filosofia*, Lisboa, 1985, vol.

de Mas, y del lado portugués el joven republicano federalista Henriques Nogueira. ¿Qué lugar tenía Castilla en estas teorizaciones?

Sinibaldo de Mas, partidario de una unión dinástica como medio para construir un gran Estado unitario, retomaba argumentos invocados ya en la prensa *vintista* a la que antes nos referimos: entre Portugal y España había estrechas afinidades históricas, étnicas, religiosas, culturales —como he dicho, llegaba a reducir la diversidad lingüística, castellano y portugués, a una sola lengua—. Pero entre muchos otros puntos uno interesa particularmente: Sinibaldo se empeñaba en demostrar que en la monarquía constitucional de mediados del siglo XIX Castilla no dominaba políticamente España. Procuraba demostrar estadísticamente que en la elite política gubernativa y militar española, estaban lejos de ser mayoritarios los hombres de origen castellano. De ahí que si Portugal se adhería a una unión ibérica en nuevas condiciones no resultaría perjudicado. ¿No era Castilla la Nueva la provincia que menos gobernantes había suministrado al poder central?²⁴ Los portugueses podían estar tranquilos: en la futura unión ibérica no serían dominados por los castellanos y continuarían cultivando su memoria nacional y sus héroes.

Sinibaldo de Mas, como otros iberistas españoles, alimentaba una visión crítica de la unión ibérica de 1580 a 1640. No solo reconocía el odio de los portugueses al dominio castellano —alimentado por otras potencias europeas— sino también el heroísmo con que se batieron por su independencia. Había sido una unión promovida por la fuerza de las armas de un régimen despótico.

La Iberia, de Sinibaldo de Mas, suscitó en Portugal una fuerte reacción nacionalista, de diversos sectores políticos, desde legitimistas partidarios del Antiguo Régimen a monárquicos liberales. Pero encontró alguna recepción positiva por parte de una minoría activa de intelectuales iberistas. Uno de ellos fue Henriques Nogueira, partidario de un Estado federal y de la descentralización municipalista, teniendo en cuenta la diversidad nacional y regional de la península. No dejaba, a pesar de todo, de concebir una patria desde la costa atlántica a los Pirineos. De la familia al municipio, de la federación de municipios a la federación de patrias, todo apuntaba, a su ver, en el sentido de una progresiva integración de la humanidad.

IV, pp. 419-463; PEREIRA, Maria da Conceição Meireles: *Sinibaldo de Mas: a difusão da Ibéria em Portugal e do iberismo no Oriente*, Porto, CEPSE, 2002; ROCAMORA, José Antonio: *El nacionalismo ibérico 1792-1936*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994; y MATOS, Sérgio Campos: «Iberismo e identidade nacional (1851-1910)», *Clío*, Nova Série, 14/15 (2006), pp. 349-400.

²⁴ DE MAS, Sinibaldo: *A Iberia, memória em se provam as vantagens políticas, econômicas e sociais da união das duas monarquias peninsulares em uma só nação...*, Lisboa, Tip. Universal, 1853 (2ª ed.), pp. 45-47. El autor recurría como fuentes, para la población, al *Diccionario* de Madoz y a un decreto gubernamental de 2-XII-1852. Para la estadística de generales y ministros a la *Guía de forasteros*, almanaque oficial para los años 1851 y 1852.

Henriques Nogueira no llegó a escribir la Historia de Iberia que idealizaba. Pero fue uno de los primeros teóricos en Portugal del federalismo iberista y en algunos textos dispersos que dejó se vislumbra la admiración que tenía por los pueblos peninsulares o por el pueblo de España —puede notarse esta oscilación—. La unión peninsular sería un medio de asegurar la independencia de cada uno de los Estados federados frente a las grandes potencias de la época y recuperar la grandeza perdida: «a união pode ser para nós um novo Brasil»²⁵. ¿Qué lugar atribuye Nogueira a Castilla? En el marco de un concepto de nación como federación de pueblos surge, entre una serie de otros Estados, en una enumeración que en sí misma es significativa, pues parte de las periferias peninsulares, del Atlántico al Mediterráneo, para solo después referir los Estados centrales: Portugal, Galicia, Asturias, Vizcaya, Navarra, Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Extremadura, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, León. España sería la patria común entre todas estas regiones. Portugal, su patria, a la que él exhortaba a liderar el movimiento federador peninsular, en nombre de dos valores mayores: independencia y libertad²⁶. Y al revés que Sinibaldo de Mas, por razones de orden económico, proponía Lisboa —y no Santarém como sugería el catalán, o Madrid— como capital del futuro Estado federal.

Herederio de la narrativa liberal de la historia, republicano histórico, Nogueira consideraba que España había sido precursora de otras naciones en la práctica de instituciones representativas —se refería, con seguridad, a los Concilios, Cortes y Hermandades juntas en las que había representantes de los concejos—. Admitía además que había sido la primera nación en la que el elemento popular había triunfado sobre las clases privilegiadas. En la perspectiva histórica que traza sobre los diversos Estados que hasta finales de la Edad Media coexistieron en la península da prioridad y mayor realce a Castilla, a sus Curias y Cortes donde, señala, desde finales del siglo XII ya había miembros del pueblo. Y al referirse a los enfrentamientos que ocurrieron en el siglo XVI entre la corona y las comunidades de Castilla, calificaba a Carlos V de «despótico» por el hecho de haber atacado la independencia de los municipios²⁷. Sin olvidar las tradiciones autonómicas de los otros reinos peninsulares.

Se afirmaba así, en el marco de una narrativa histórica liberal, la idea de la necesidad de reconstituir una gran patria ibérica, una gran nación que fuese independiente, libre y respetada entre las otras. Esta idea atraviesa las diversas corrientes

²⁵ NOGUEIRA, José F. Henriques: «O iberismo e os seus adversários I», en A. C. Leal da Silva (ed.), *Obra completa*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1980 [texto de 1854], t. III, p. 45.

²⁶ NOGUEIRA, José F. Henriques: «Estudos sobre a...», *op. cit.*, t. I, pp. 163-166.

²⁷ NOGUEIRA, José F. Henriques: «A Espanha e as suas instituições», en A. C. Leal da Silva (ed.), *Obra completa...*, *op. cit.*, [texto de 1855], t. II, pp. 227-237.

iberistas en sus diversos matices, en una nostalgia de la grandeza perdida. El ejemplo de la unificación italiana estaba bien presente.

Mientras tanto, a lo largo de los decenios de 1850 a 1870, la reacción nacionalista portuguesa a estas propuestas llevó a la publicación de centenares de artículos en la prensa periódica, panfletos y libros en los más variados géneros —obras de historia, drama histórico, poesía, etc.—, contra la unión ibérica. En una Europa marcada por el principio de las nacionalidades se construían Estados-Nación pretendidamente unitarios —en realidad continuaron existiendo grandes diversidades en el interior de sus fronteras—. Pero los avances técnicos y de los medios de transporte —ferrocarriles, navegación a vapor, puentes de hierro— facilitaban los viajes, los intercambios comerciales y la integración económica. La teoría en boga de las grandes naciones motivaba la resistencia de las pequeñas potencias. En el caso portugués se subrayaba la unidad nacional, enraizada en una historia de siete siglos de lucha por la independencia —concepto entonces muy en boga—, en una cultura, etnia y carácter distintos. Un autor llegó al punto de, en contraste con Portugal, considerar la España contemporánea un «monte de retalhos», que no había constituido en el pasado un «corpo» único²⁸.

En 1861 se constituyó en Lisboa un grupo de presión supra-partidario, la Comisión Central 1º de Diciembre, de combate al iberismo y de movilización nacionalista en pro de la memoria nacional: entre otros objetivos, asumía un lugar central la conmemoración de la fecha simbólica de la recuperación de la independencia portuguesa, el 1 de diciembre de 1640. De él formaron parte hombres de diversas militancias políticas, aunque preferentemente monárquicos constitucionales —regeneradores e históricos más avanzados—. A la Comisión se adhirieron además historiadores liberales como Alexandre Herculano y Rebelo da Silva, figuras destacadas del Partido Histórico —Anselmo Braamcamp— e incluso del Partido Legitimista —defensor de la monarquía absoluta—. En los panfletos de propaganda de esta asociación los oponentes más frecuentemente referenciados son el iberismo y España. Sin embargo, en uno de esos manifiestos, Castilla es mencionada en términos históricos y simbólicos como opresora de otras naciones: en 1580, Felipe II «de Castilla» había expoliado la independencia de Portugal; y «o nosso velho aliado dos tempos heróicos, o guerreiro Aragão, cujo elmo de bronze, doirado pelo sol de cem batalhas, jaz caído ao lado do leão de Castela»²⁹.

¿Pero en qué medida fue España —y no tanto Castilla— el contrapunto de la conciencia nacional portuguesa? La pregunta no es ociosa. Castilla es, sobre todo,

²⁸ CASTILHO, José Feliciano de: *Da união ibérica, por um português*, Rio de Janeiro, Tip. de Paula Brito, 1861, p. 78.

²⁹ «Manifiesto» (25-VIII-1861), en S. de Baena, *Fastos históricos da Comissão Central 1º de Dezembro...*, Lisboa, Tip. Matos Moreira, 1885, pp. 30-31.

citada cuando se trata de evocar la memoria histórica de los orígenes de Portugal o los conflictos militares que se fueron desarrollando entre los dos reinos. A veces las palabras son usadas indistintamente. No en el caso del más importante historiador portugués del siglo XIX, muy consciente de que la monarquía portuguesa provenía del reino de León y Castilla «por linha transversal» y «por linha transversal a monarquia espanhola ou antes castelhana; porque espanhóis também nós somos»³⁰. Poco frecuente es esta precisión de términos que denota bien la conciencia hispánica del autor. Incluso antes de escribir su *História de Portugal* (1846-1853) en la que estudió la separación y constitución del reino de Portugal desde sus orígenes a finales del siglo XIII, Alexandre Herculano se refiere en 1844 a la unión dinástica iniciada en 1580 como «senhorio» o «jugo estranho». Atribuyó en larga medida al lujo y a la corrupción de las costumbres la pérdida de la independencia, que llega a designar de «venda de Portugal a Castela»³¹. Y diez años después, ya a principios del período que en Portugal se conoce como la *Regeneração*, cuando se iniciaba el proyecto de una línea de ferrocarril para unir Lisboa a Madrid, el historiador exponía sus prevenciones críticas en relación a esa unión ferroviaria: en un momento en el que se difundían propuestas de integración ibérica temía que la línea férrea viniese a facilitar la asimilación de Portugal por España. Porque en términos algo deterministas Herculano recelaba de que una «lei histórica das fusões» produjese el efecto de nivelar en términos de civilización, materiales e intelectuales, la nación portuguesa con el *resto da Espanha* —esta es una expresión muy usada además por los intelectuales portugueses de la época—³². La historia vendría a desmentir sus preocupaciones —que, sintomáticamente, se volverían a expresar hace pocos años, cuando se volvió a proyectar una nueva línea de ferrocarril, ahora de alta velocidad, entre las dos capitales—. También Rebelo da Silva, directamente envuelto en la controversia sobre el iberismo —fue uno de los críticos de Sinibaldo de Mas y escribió una obra subsidiada por el Estado para evocar el período de resistencia a la unión ibérica y posterior—, llega a afirmar que desde los orígenes de la monarquía, la política de Castilla «tendeu sempre para a ocupação de [Portugal]»³³.

Aunque no son sinónimos, a veces los términos *castellanos* y *españoles*, *Castilla* y *España*, son usados indiferenciadamente por los nacionalistas portugueses. En un largo poema retórico António José Viale, profesor del Curso Superior de Letras,

³⁰ HERCULANO, Alexandre: «Cartas sobre a História de Portugal», en J. M. Garcia y Jorge Custódio (eds.), *Opúsculos IV*, Lisboa, Ed. Presença, s/d [texto de 1842], p. 229.

³¹ HERCULANO, Alexandre: «Pouca luz em muitas trevas 1579-1580», en J. M. Garcia y Jorge Custódio (eds.), *Opúsculos IV...*, op. cit., pp. 383-386.

³² HERCULANO, Alexandre: «O caminho de ferro e a nacionalidade», en A. J. Saraiva, *Herculano desconhecido (1851-1853)*, Porto, Ed. SEM, 1952, pp. 16-127.

³³ SILVA, Rebelo da: «A Ibéria», *A Imprensa*, 70 (16-IV-1852), p. 3.

se refiere al «castelhano, déspota estrangeiro, intruso em Portugal» o al «ibero» que «oprime a gente portuguesa»³⁴. Pinheiro Chagas y Arsénio de Mascarenhas, también ellos divulgadores de la historia de Portugal de amplia recepción, prefieren las designaciones de *Espanha* y *españoles* para el período de la monarquía dual³⁵. Arsénio de Mascarenhas, autor de un libro escolar, cita sin embargo unas frases en boga en el reinado del Cardenal D. Henrique (1578-1580): «Viva el-rei D. Henrique / Nos infernos muitos anos, / Pois deixou em testamento / Portugal aos castelhanos»³⁶.

La unión ibérica de 1580 a 1640 es frecuentemente designada de período de usurpación, de gobierno intruso, cautiverio, opresión, decadencia, tinieblas y muerte de la nación. En 1879, un eclesiástico que colaboró con la Comisión 1º de Diciembre, autor de uno de los sermones pronunciados en las iglesias portuguesas en celebración de la Restauración de 1640, consideraba el dominio filipino como humillación y oprobio, en contraste con el día 1º de diciembre de 1640, que veía como «dia de redenção»³⁷. Otro sacerdote vio en la fecha de 1580 un castigo divino ya que, en su providencialismo histórico, las naciones también eran juzgadas en el tribunal de Dios. Pero por otro lado, los 60 años de «usurpación» habían sido convenientes pues depuraron a los portugueses de sus errores, esto es, los redimieron por la expiación de su corrupción y de sus crímenes³⁸. Esta lógica paraíso-caída-redención de la tradición cristiana dejaría huellas, incluso en autores laicos y anticlericales como el novelista Eça de Queiroz. Eça escribió un cuento —*A Catástrofe*, 1878— en el que imagina la ocupación de Portugal por una potencia extranjera que no nombra —pero que no podía ser otra sino España—. La ocupación funcionaría como un estímulo para una indispensable reacción patriótica que condujese a la regeneración nacional. Era la terapia de la catástrofe redentora, que se expresa magníficamente en la voz de João da Ega, personaje de *Os Maias*: «Portugal não precisa de reformas, Cohen, Portugal o que precisa é a invasão espanhola». O incluso: «Meninos, nada regenera uma nação como uma medonha tarefa... Oh! Deus de Ourique, manda-nos o castelhano»³⁹. Un *Finis Patriae* era así visto en un registro literario como condición para la morigeración de las costumbres cívicas y políticas, y un nuevo punto de partida. Admirador de España, Eça de Queiroz se

³⁴ VIALE, A. José: *Bosquejo métrico da História de Portugal*, Lisboa, Imprensa Nacional, 1866, p. 78.

³⁵ CHAGAS, M. Pinheiro: *História alegre de Portugal*, Lisboa, «A Editora», s/d (4ª ed.) [1880], p. 93.

³⁶ MASCARENHAS, Arsénio de: *Apontamentos para o estudo da História de Portugal*, Lisboa, A. Ferreira Machado ed., 1893, p. 107.

³⁷ MELO, José A. Vieira de: *Sermão gratulatório do dia 1º de Dezembro aniversário da independência e restauração de Portugal...*, Lisboa, Imp. Sousa Neves, 1879, p. 13.

³⁸ DINIS, José F. Garcia: *Sermão gratulatório do dia 1º de Dezembro de 1640*, Lisboa, Tip. Universal, 1871, p. 7.

³⁹ QUEIROZ, Eça de: *Os Maias*, Lisboa, Livros de Brasil, s/d [1888], pp. 167-168. Véase a este respecto VÁZQUEZ CUESTA, Pilar: «Eça e a Espanha», en A. Campos Matos (coord.), *Suplemento ao Dicionário de Eça de Queiroz*, Lisboa, Caminho, 2000, pp. 150-166.

distanciaba sin embargo de cualquier forma de integración ibérica, pero también de la retórica «patriotera» del conmemorativismo anti-iberista.

Mientras tanto, la leyenda negra de Felipe II, de raíces muy anteriores, se difunde de nuevo también en Portugal desde mediados del ochocientos⁴⁰. Por ejemplo, Pinheiro Chagas, autor de una de las más influyentes Historias de Portugal, publicada en varias ediciones ilustradas a finales del siglo XIX y principios del siglo siguiente, evocaba en tonos negros la historia del dominio español, que veía como un despotismo, refiriéndose a la política de atracción de Felipe II, «astuto monarca», sobre sus nuevos súbditos de la nobleza portuguesa, concediéndoles títulos honoríficos pero enseguida revelando «o seu verdadeiro aspecto», o sea, reprimiendo duramente a los portugueses que se le resistieron⁴¹. Evidentemente, la intención de Chagas era la de combatir el iberismo, que veía como una utopía, absolutamente irrealizable. Se comprende, pues, que Chagas fuese uno de los partidarios del culto del 1º de Diciembre de 1640, no como día de lucha o de sangre sino como «dia da ressurreição» y «Páscoa da liberdade». Sin embargo, su retórica nacionalista lo llevaba a instrumentalizar el pasado, transformando el golpe de Estado que alejó a la administración española en una revolución «em que um povo inteiro, erguendo-se a uma voz, fez desabar o despotismo, fugir os opressores, e transformou em lampejante espada os grilhões de sessenta anos»⁴².

La demonización de los castellanos y de los españoles se convirtió en algo muy común en esos años de la Regeneração de mediados del siglo XIX. Las «garras do leão de Castela» continuarían siendo el símbolo del dominio castellano, incluso en libros adoptados en las escuelas secundarias⁴³. Según un publicista de la época, la memoria de ese dominio continuaba viva en la tradición popular. E ironizaba: «tanto bem nos queriam os nossos irmãos castelhanos que iam dando cabo de nós à força de nos apertarem nos braços. Era amor de macaca!»⁴⁴. No es fácil averiguar en qué medida ese anti-castellanismo y anti-españolismo eran cultivados entre las capas populares. Se sabe que circulaba el proverbio «de Espanha nem bom vento nem bom casamento». Y que cuando murió el joven Rey D. Pedro V (noviembre de 1861) circuló el rumor de que habría sido envenenado, responsabilizando

⁴⁰ Es el caso de MENDONÇA, A. P. Lopes: «Apontamentos para a história da conquista de Portugal por Filipe II», en *Anais das Ciências e Letras*, Lisboa, Academia Real das Ciências de Lisboa 1857, pp. 266 y ss.

⁴¹ CHAGAS, M. Pinheiro: *História de Portugal popular e ilustrada*, Lisboa, Escritório da Empresa, s/d, vol. VII, pp. 109-110 y p. 420.

⁴² *Ibidem*, p. 420.

⁴³ BARBOSA, Inácio de Vilhena: *Exemplos de virtudes cívicas e domésticas colhidos na História de Portugal*, Porto, Imprensa Portuguesa, 1872, p. 212.

⁴⁴ VASCONCELOS, A. Teixeira de: *Viagens na terra alheia. De Paris a Madrid*, Lisboa, Tip. do Futuro, 1863, p. 203.

algunos al banquero español José Salamanca⁴⁵. Lo que en realidad significa que la teoría de la conspiración era explotada en un ambiente de reacción anti-iberista.

En 1862, cuando ese sentimiento anti-iberista se encontraba al rojo vivo en la secuencia de rumores de una invasión española, Tomás Ribeiro, poeta y político desde hacía poco iniciado en su carrera política como diputado en el Partido Regenerador —liberal conservador—, publicaba un poema nacionalista que tuvo gran audiencia, *D. Jaime*. Se trataba de una larga narración cuya acción transcurre durante la unión dinástica filipina. En él sobresale la resistencia de una familia aristocrática portuguesa —los Aguilar— al dominio castellano —simbolizado en la familia Aragão—. D. Jaime, partidario de D. António, candidato portugués que se opuso a la elevación al trono de Felipe II, personificaba la rebelión contra la «negra sanha» en su huida de las injusticias de Castilla. Tomás Ribeiro exaltaba la patria, cultivando el sentimiento de desconfianza y de revancha en relación a Castilla y España. El propio autor señalaba en el prólogo, 1863 que la familia Aguilar era «a nação portuguesa esmagada, vilipendiada pela dominação de Castela» mientras que los Aragão representaban «a opressão, a insolência, a injustiça, a espoliação, a intriga e a traição»⁴⁶. La dicotomía no podía ser más primaria. Pero tuvo amplia audiencia y suscitó polémica.

El iberismo era visto como conspiración extranjera —léase castellana, española— y amenaza desnacionalizadora que había que combatir con todo el empeño. ¿Qué mejor instrumento de combate estaba a disposición de los nacionalistas portugueses sino la memoria de una experiencia histórica que se había saldado con una fuerte oposición interna y la pérdida temporal de partes significativas del imperio colonial? Oliveira Martins ya llamó la atención sobre su instrumentalización política: «acordar no povo o ódio a Castela foi ainda, como sempre fora, um meio de fazer oposição». Y daba un ejemplo ocurrido en 1868: «Os regeneradores tinham agora a conquistar o poder ao *reformismo* da janeirinha, e para tanto, o melhor meio era chamar-lhe ibérico e encher de sustos a cabeça do bom do rei [D. Luís]»⁴⁷.

La memoria de la resistencia a la unión dinástica y del 1º de diciembre de 1640 fue también cultivada en otros lugares de la memoria. Por ese tiempo, la persistencia de la Comisión 1º de Diciembre llevaría ya en 1886, junto al Paseo Público en Lisboa —donde fue abierta la avenida da Liberdade—, a la inauguración de un monumento a la memoria de los Restauradores de 1640. En la base

⁴⁵ SERRÃO, Joaquim Veríssimo: *História de Portugal*, Lisboa, Verbo, 1986, vol. IX, p. 38.

⁴⁶ RIBEIRO, Tomás: *D. Jaime* (pref. De Vítor W. Ferreira), Lisboa, Heuris, 1989, p. xxxiv. La primera edición tuvo 2.000 ejemplares, tirada elevada para la época.

⁴⁷ MARTINS, J. P. Oliveira: *Portugal contemporâneo*, Lisboa, Guimaraes ed., 1953 [1881], vol. III, p. 258. Subrayados del autor.

del obelisco está una estatua alegórica, el genio de la independencia, una figura masculina alada y parcialmente desnuda que rompe simbólicamente los grilletes a los que se refería Pinheiro Chagas. El monumento fue construido por iniciativa de la Comisión Central 1º de Diciembre y patrocinado en gran medida por los portugueses que vivían en Brasil. También en la toponimia de numerosas ciudades y villas portuguesas proliferaría, ya en el siglo xx, la designación de 1º de Diciembre para calles y plazas. Sin olvidar los monumentos conmemorativos de las batallas de la Guerra de la Restauración, lápidas y representaciones iconográficas que convendría estudiar.

Pero la memoria de los conflictos con Castilla era muy anterior. Algunos evocaban la figura mítica de la Panadera de Aljubarrota⁴⁸ —otro símbolo de la resistencia al castellano—, una mujer del pueblo dotada de cualidades viriles que, en 1385, durante la célebre batalla de Aljubarrota —célebre en Portugal, olvidada en España— entre portugueses y castellanos, habría supuestamente perseguido a estos últimos en su retirada tras la batalla, matando a siete con una pala. Se trata de una tradición que, en la medida en que se sabe, se remonta al siglo xvii, con la intención de estimular el sentimiento patriótico de los portugueses, pero no hay ningún documento de finales del siglo xiv que pueda atestiguar su autenticidad.

Sin embargo, al revés de lo que podría esperarse, la fecha histórica que se convertiría en la más celebrada en Portugal en oposición a Castilla y a España no fue la de 14 de agosto de 1383 (batalla de Aljubarrota), sino la del ya referido 1º de diciembre de 1640. Se comprende. Aunque Aljubarrota había sido una brillante victoria militar, en esta batalla se habían enfrentado los reinos de Portugal y Castilla, respectivamente con apoyos militares de ingleses y franceses. 1640, conjuración palaciega que luego sería valorada como de restauración y de revolución, sería el inicio de un largo enfrentamiento militar que se prolongó hasta 1668 con la monarquía compuesta de España. La memoria de la Restauración, más reciente y siempre cultivada por la Iglesia en *Te-Deum* anuales desde 1641 fue, posteriormente, ya a mediados del siglo xix, cultivada por legitimistas —partidarios antiliberales de D. Miguel y de sus descendientes—, acabaría por laicizarse y ser promovida institucionalmente por la ya referida Comisión Central 1º de Diciembre⁴⁹. En 1910, inmediatamente después de la implantación de la República en Portugal,

⁴⁸ Es el caso del miguelista CUNHA, A. Pereira da: *Não!...*, Lisboa, s/n, 1857, p. 213. Sobre la construcción del mito de la Panadera de Aljubarrota, véase SOUSA, Bernardo Vasconcelos, y MONTEIRO, Nuno: «Aljubarrota-memória local e memória nacional», en *Actas do Encontro A Construção Social do Passado*, s/l, APH, 1992, pp. 289-296.

⁴⁹ Sobre el culto del 1º de diciembre véase ANDRADE, Luís: *História e memória: a Restauração de 1640: do Liberalismo às comemorações centenárias de 1940*, Coimbra, Minerva História, 2001; y PEREIRA, Maria Conceição Meireles: «O 1º de Dezembro-memória e liturgia cívica na 2ª metade de Oitocentos», *Revista de História das Ideias*, 28 (2007), pp. 129-167.

en un tiempo en el que el republicanismo federal en boga en la segunda mitad del Ochocientos ya se encontraba en retirada, la fecha sería adoptada como día de la nueva bandera verde y roja y oficializada como fiesta nacional.

Una memoria histórica negativa de la monarquía dual y enaltecedora de la Restauración de 1640 fue, pues, explotada como antídoto contra las propuestas iberistas, portuguesas o españolas, difundidas sobre todo en el período que va de 1850 a 1880 —tricentenario de Camões—. La unión dinástica fue incluso uno de los períodos que mereció más atención por parte de los historiadores y divulgadores de la historia de Portugal en el siglo XIX. De una manera general, fue evocado muy negativamente en términos amargos, lo que no sorprende, teniendo en cuenta el carácter marcadamente nacionalista e historicista de la narrativa liberal dominante en el siglo XIX. Era una historia evolucionista, pragmática e ideológica —por lo tanto, de combate—. La trayectoria histórica nacional era dividida en un período ascendente de los orígenes del Estado y de formación de la nación, de organización institucional y progreso, un período de expansión ultramarina, seguido a continuación de una decadencia que se habría arrastrado durante tres siglos, desde mediados del siglo XVI al siglo XIX. El período de la unión dinástica se integraba en un largo declive, era visto como consecuencia de ese proceso y de la acción de la Compañía de Jesús —aunque algunos autores llegasen a responsabilizar al dominio español del declive—.

Lejos de la mirada anti-iberista e hispanófoba del nacionalismo portugués estaban los jóvenes de la llamada Generación de 70 —ya nos hemos referido al caso de Eça de Queiroz—. Liderados por la figura carismática de Antero de Quental, lectores de Hegel y Proudhon, organizaron las célebres Conferencias del Casino de Lisboa, en 1871. El manifiesto de este encuentro difundido en la prensa periódica expresaba un espíritu cosmopolita de apertura a las novedades del pensamiento filosófico y científico europeo. Antero, que pocos años antes, entusiasmado con la Revolución de 1868 en España, había afirmado la esperanza en una república federal ibérica, invocaba una memoria histórica peninsular que venía del Cid hasta el sexenio revolucionario, pasando por Padilla, los heroicos comuneros y la revuelta de los catalanes, y, en nombre de un concepto de patria-conciencia y de una democracia ibérica, declaraba provocadoramente que renegaba de la nacionalidad. Ahí se refería a Portugal como «membro amputado desnecessariamente, ainda que sem violência, do grande corpo da Península Ibérica, vivendo desde então uma vida particular, estreita talvez mas sua e original, e tão apartado do movimento dos outros povos espanhóis como se fosse a fronteira, que deles o separa um insondável oceano...». Su perspectiva peninsular iba mucho más lejos en la tan difundida conferencia presentada en el Casino de Lisboa, titulada «Causas da decadência dos povos peninsulares nos últimos três séculos», 1871, momento desde diversos puntos de vista determinante sobre todo en lo que toca a la reafirmación de una

conciencia hispánica —ya presente en Henriques Nogueira—, a la teoría de la decadencia y en la formulación en general de la narrativa republicana y socialista del pasado histórico nacional. La idea de la federación republicana ideal estaba aquí bien presente⁵⁰. Pero el fracaso de la I República española —observado de cerca por su amigo Oliveira Martins, que vivía entonces en la provincia de Córdoba, cerca de Almadén— llevaría a Antero y a Oliveira Martins a distanciarse, aún en el decenio de 1870, del federalismo iberista, reencaminándose hacia un iberismo cultural.

Las Conferencias del Casino fueron duramente atacadas en el Parlamento, siendo sus participantes acusados de querer extinguir la patria en nombre de un pretendido iberismo —en realidad Antero no había propugnado eso en aquella iniciativa cultural— y del ideario republicano y socialista⁵¹. También Oliveira Martins sería en diversas ocasiones rotulado de iberista, a propósito de su colaboración en la *Revista Ocidental*, 1875 y de su tan difundida *História da Civilização Ibérica*, 1879, esta última con numerosas ediciones en portugués y en castellano y mejor recibida en España que en Portugal. En esta obra, Martins reaccionaba contra la leyenda negra de España todavía muy difundida en el mundo anglosajón del Ochocientos —William Prescott, en Estados Unidos o Henry T. Buckle en Inglaterra—, valorando las cualidades del genio peninsular. Señalaba la función agregadora que el reino de Castilla-León tuvo en relación a los otros Estados peninsulares y acentuaba aquello que designaba como dualismo peninsular, o sea, la separación política entre las dos naciones —Portugal y España— aunque enfatizase mucho igualmente aquello que existía de común entre ambas, la *civilización ibérica*, manifestada en un carácter original, «no seu foro mais íntimo não [...] europeu», hecho de entusiasmo religioso y de heroísmo. Este concepto, acuñado por el autor, tendría una cierta fortuna en España —lo más frecuente era, sin embargo, civilización española—.

Uno de los aspectos más determinantes en este primer intento de construir una historia integrada de las diversas naciones peninsulares —caso singular cuando dominaba la narrativa nacional en las historiografías europeas— es la construcción de una psicología comparada entre los caracteres nacionales portugués y castellano. Oliveira Martins se revelaba un admirador del genio peninsular y, en especial, de su individualismo heroico y de su misticismo que, de un modo privilegiado, se habrían manifestado en la empresa ultramarina de Portugal y España. Caracterizaba el drama castellano en términos poéticos como todo hecho de contrastes:

⁵⁰ QUENTAL, Antero de: «Portugal perante a revolução de Espanha», en J. Serrão (ed.), *Prosas sócio-políticas*, Lisboa, Imprensa Nacional, s/d (texto de 1868), p. 228 y pp. 211-241; y «Causas da decadência...», en *ibidem*, pp. 294-296.

⁵¹ Véase FRANÇA, José-Augusto (ed.): *As Conferências do Casino no parlamento*, Lisboa, Livros Horizonte, s/d, pp. 125-172.

a la vez bufo y trágico, encantador por lo dulce, y sombrío por lo terrorífico, ese drama donde las sonrisas y la sangre, y el acero [...] y las flores que jamás faltan en la cabellera de las mujeres; donde el sacrilegio y la devoción, la blasfemia y el cilicio, todas las antítesis y todos los contrastes se confunden en un pandemónium...⁵².

El autor de la *História da Civilização Ibérica* fue uno de los portugueses que más profundamente conoció y amó la cultura y la historia españolas, especialmente la castellana. De un viaje por Castilla en 1894, poco antes de fallecer, dejó un testimonio elocuente en sus *Cartas peninsulares*. La literatura de viajes constituye, además, una fuente indispensable para calcular los modos de fijación y difusión de los estereotipos sobre los pueblos. En aquellas *Cartas*, Oliveira Martins expresa la impresión que le suscitaba la singularidad de España en la Europa de la época, más allá de las coyunturas: la permanencia de su carácter. ¿Cómo caracteriza él el alma castellana? En pocas palabras, adjetivando: —« afirmativa e crente»—. Pero también sustantivando: «fé e independência»; «força, firmeza, decisão». Esas cualidades habrían marcado la unificación de España y el auge de la monarquía⁵³. Madrid era, a su manera de ver, la síntesis en la que se fundían los caracteres regionales —el andaluz, el valenciano, el aragonés, el catalán, el vasco, el navarro y el asturiano y el gallego— bajo la «hegemonia castelhana». Oliveira Martins no minusvaloraba estos caracteres regionales, sino que los enaltecía en sus variados atributos. Valorando la función histórica de Castilla comparándola con el Piamonte en la unificación de Italia: «instrumento de unificação, diluiu-se na variedade do conjunto, e acima dos elementos sólidos das populações unidas brilha, e parece dominar, o encanto maravilhoso da imaginação dos andaluzes, esses partenopes da Península Ibérica»⁵⁴.

Esta mirada exterior de un viajero —pero en un cierto sentido interior ya que Martins había vivido cuatro años en Santa Eufemia, en Córdoba—, atento al paisaje, al arte y a los aspectos etnológicos, marcado por la psicología colectiva de los pueblos en boga en la época, no olvidaba la inmensa diversidad cultural de la península⁵⁵. El viajero, partidario entonces del socialismo de cátedra, se encontraba ya muy lejos de su formación proudhoniana de juventud y se revelaba admirador de los monarcas que construyeron el Estado absoluto en la península: los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II en España, y D. João II en Portugal —el objetivo del viaje era además la preparación de una biografía sobre este último monarca—.

⁵² MARTINS, J. P. Oliveira: *Historia de la civilización ibérica* (estudio preliminar de Sérgio Campos Matos), Pamplona, Urgoiti ed., 2009, p. 177.

⁵³ MARTINS, J. P. Oliveira: *Cartas Peninsulares*, Lisboa, Liv. A. M. Pereira, 1895, pp. 132-196.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 219.

⁵⁵ MOTA ÁLVAREZ, David: «Un portugués por tierras de Zamora, recreación del viaje narrado por el historiador Oliveira Martins en las Cartas peninsulares», en *Segundo Congreso de Historia de Zamora*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Campo», 2008, t. III, pp. 437-452.

Es interesante comparar esta mirada suya sobre España con la de un republicano federalista, Sebastião de Magalhães Lima, un hombre cosmopolita y viajado, que vendría a ser Gran Maestro de la Masonería. De un viaje a Madrid en la década de 1870 retenía una apreciación unitaria e indiferenciada, pero también naturalista, de los españoles: «Os espanhóis são alegres, cheios de vida, dormindo pouco, saindo muito, faladores, entusiastas. E sabem porquê? Por causa do chocolate, o misterioso que traz sempre estes ventres bem fartos e, portanto, orgulhosos de si mesmos»⁵⁶. Cuando la Guerra Franco-prusiana y la unificación de Italia modificaron profundamente el mapa político de Europa (1870-1871) y estaban en boga las lecturas organicistas de las naciones y los pueblos y los nacionalismos historicistas, no sorprende que se procurase acentuar las diferencias de carácter y de costumbres entre portugueses y españoles, como si se tratase de «raças distintas», con comportamientos muy diversos por lo que respecta a la relación con las religiones y a la violencia en la vida política. En común con España Portugal solo tendría el clima, los orígenes étnicos y las afinidades de lengua⁵⁷. Se subrayaban las diferencias, pero por otro lado, en el interior del discurso nacionalista y conmemorativo que evocaba 1640, era relativamente común una retórica de amistad y hermandad con España. Por ejemplo, en las conmemoraciones de 1886 se afirmaba que no había «o mínimo ódio nem a mínima ofensa aos brios e dignidade da nobre Espanha. Com ela cremos estreita e leal amizade, íntima confraternização. União da mesma nacionalidade nunca. Seria a união monstruosa do Leão e da Pantera»⁵⁸.

Nada retórico era Oliveira Martins. Crítico del paradigma historicista y del nacionalismo añejo que tomó cuerpo en las conmemoraciones del 1º de diciembre de 1640 y del III centenario de la muerte de Camões, 1880, Martins constituía, a este respecto, una excepción en la historiografía portuguesa de su tiempo. En su periodización de la historia de Portugal, no consideraba como una fase diferenciada el tiempo de la unión ibérica de 1580-1640 —como era habitual en la historiografía portuguesa— y reconocía lo que hubo de positivo en la administración de los Austrias en Portugal, especialmente de Felipe II:

Filipe II [...] fez, realmente, bastante para a restauração do corpo da Nação Portuguesa [...]. Recopilou e refundiu a legislação pátria; aboliu as alfândegas da raia: primeiro passo da unificação, promovida também pelos esforços para melhorar a navegação do Tejo, longa e caudalosa artéria que poria em comunicação directa o coração da península [...] com o porto magnífico de Lisboa [...]. Deu a Cristovão de Moura [...] o vice-reinado de Portugal, e a

⁵⁶ LIMA, Magalhães: *Costumes madrilenos. Notas de um viajante*, Coimbra, Liv. Central, 1877 (2ª ed.), p. 93.

⁵⁷ VASCONCELLOS, António Augusto Teixeira de: *Portugal em 1872. Vida constitucional de um povo de raça latina*, Lisboa, Tip. Do Jornal do Comércio, 1873, pp. 27-35.

⁵⁸ JÚNIOR, Manuel Armelino: «A Restauração de Portugal», en *Almanach Primeiro de Dezembro para 1887*, Lisboa, Tip. E. Torres, 1886, p. 6.

administração melhorou, cresceram as rendas do tesouro, proibiram-se os conluios dos arrematantes dos contratos reais que passaram a licitar-se em Lisboa, diminuiu-se a mendicidade oficial, velha moléstia —ainda hoje por curar!— da extravagante monarquia portuguesa, feitora de um império ultramarino. Por tudo isto, quando o rei veio a Lisboa, foi aclamado pelo povo como um bom príncipe⁵⁹.

Esta caracterización apologética de la política de Felipe II para Portugal no podía ser más contraria a la leyenda negra a la que antes nos referimos y que lo reducía a una especie de demonio. Junto a la metáfora de la muerte de la nación portuguesa, ahora vista en la sepultura, ese era un estereotipo común⁶⁰. Es cierto que Oliveira Martins daba cuenta de la resistencia prolongada que la política de Olivares suscitó. Pero también se mostraba muy crítico en relación al Portugal restaurado de la monarquía de Bragança y a la alianza con Inglaterra.

Notas finales

Ya a finales del siglo XIX, el historiador portugués Alberto Sampaio señalaba la propensión de los portugueses a la aventura ultramarina en contraste con su conformismo y ausencia de espíritu de ciudadanía hacia el interior de sus fronteras. En verdad la expansión ultramarina constituyó una alternativa histórica a la imposibilidad de ensanchamiento territorial hacia el interior peninsular, confirmada por el fracaso de D. Afonso V en la batalla de Toro, 1476. El colonialismo portugués nunca podría haberse realizado contra el poder naval dominante en los siglos XVIII y XIX —el Imperio Británico— como quedó evidenciado en la política expansionista seguida en África en los años 80, que llevó al Ultimatum de Salisbury, 1890. Mientras tanto en Portugal siempre se ha expresado una corriente crítica en relación a la alianza luso-británica, una corriente anglófoba y favorable a una aproximación prioritaria con España. Oliveira Martins, entre otros, fue un ejemplo de esa tendencia, que se prolongó en el siglo XX.

Entre la atracción y la repulsa, las tendencias de la opinión pública y las relaciones entre Portugal y España muestran bien esta diversidad de orientaciones, de la proximidad —por ejemplo durante el Ultimatum inglés de 1890 o la Guerra Hispanoamericana, 1898— al distanciamiento, por ejemplo durante los intentos iberistas de Alfonso XIII después de la implantación de la República en Portugal, 1910. En la cultura histórica portuguesa, castellanos y españoles en general no fueron apenas vistos como *otros*, sino que también —sobre todo para iberistas e hispanófilos como Henriques Nogueira, Oliveira Martins y, ya en el siglo XX, el

⁵⁹ MARTINS, J. P. Oliveira: *História de Portugal* (ed. de Martim de Albuquerque e Isabel F. de Albuquerque), Lisboa, Imprensa Nacional, s/d, t. II, p. 110.

⁶⁰ Por ejemplo en MOTA, I. Silveira da: *Quadros de história portuguesa*, Lisboa, Livraria Ferreira, 1890 (5ª ed.), pp. 5 y 226.

tradicionalista António Sardinha— formaron parte de un *nosotros* en un sentido amplio, nosotros peninsulares, *nosotros* hispanos. Los conflictos militares entre los dos Estados acentuaron las imágenes históricas de castellanos y españoles —no raramente indiferenciados como opositores—, imágenes forjadas por las elites portuguesas y por los nacionalismos en Portugal. Del lado de un nacionalismo hispanófilo —que continuaría siendo cultivado subliminalmente o explícitamente por el Estado Novo de Salazar—, se acentuó la excepcionalidad de Portugal y de su misión histórica en oposición a Castilla y a España, no vacilándose a veces en dramatizar el peligro iberista para la integración nacional. En este sentido, Castilla y España constituyeron estímulos para la construcción de la conciencia nacional y de los nacionalismos en Portugal —y no solo de un concepto esencialista y retrospectivo de la identidad nacional—. Sin embargo, para los partidarios de una aproximación cultural y diplomática con España, o incluso de una integración política peninsular, así como para algunos republicanos en momentos de confrontación con el expansionismo británico en África, los opositores fueron los ingleses y sus aspiraciones sobre los territorios coloniales portugueses.

En Portugal, frecuentemente se redujo España a Castilla. Pero también es significativo que, a mediados del siglo XIX, haya partido de la periferia occidental portuguesa una de las primeras propuestas estructuradas de federación peninsular; que algunas de las revistas bilingües que estrecharon las relaciones culturales entre portugueses y españoles se hayan publicado en Lisboa; y que la primera historia transnacional de la península haya sido escrita por un portugués, Oliveira Martins.